

LA EDUCACIÓN DE LA CONCIENCIA

- Fundamentalmente, la tarea educativa consiste en formar la conciencia y el corazón de las personas. De ello depende su madurez y su futuro.
- Es necesario que el niño aprenda a conocer el bien y el mal objetivos y a diferenciarlos perfectamente, ofreciéndoles criterios bien definidos.
- Si no formamos nosotros su conciencia, la deformarán otros
- La conciencia es el núcleo más íntimo y secreto del hombre, ella interviene decisivamente en nuestras elecciones y decisiones, grandes o pequeñas.
- Es el "lugar" espiritual de soledad absoluta: donde la persona se encuentra sola consigo mismo, o mejor, con Dios, de cuya voz es un eco la conciencia
- Su primer dictamen es "haz siempre el bien, nunca el mal" La conciencia no crea el valor moral, lo supone.

EDUCAR RECTAMENTE LA CONCIENCIA ES LA BASE DEL COMPORTAMIENTO MORAL FUTURO.

Y esto hay que hacerlo desde la infancia, para que todos los comportamientos vayan vinculados a la búsqueda del bien y por tanto, a la satisfacción más profunda. No se puede ser feliz sin una conciencia tranquila

La conciencia es como el "GPS" que ayuda a saber en dónde se está, y que nos orienta por dónde ir, si le marcamos bien el destino, y así decidir cómo actuar en una determinada circunstancia

Voluntad y conciencia

Para formar la voluntad se debe desarrollar y orientar esa fuerza interna que todos poseemos y que nos lleva a realizar actos. No basta que la persona quiera, sino que quiera el bien.

La persona necesita conocer la bondad o maldad que encierra una acción concreta de modo que pueda regir su vida, de acuerdo a los juicios que emite en función del contenido moral de cada acto.

Por naturaleza la voluntad siempre quiere el bien, lo que sucede es que muchas veces confunde éste con el mal, de tal manera que obra mal creyendo lo contrario.

Otras veces hay elementos como el egoísmo o tendencias humanas que empañan la visión de la bondad o maldad de los actos.

¡Qué no actúen inducidos por coacción externa, miedo o presión ambiental!

De ahí la necesidad de que el niño aprenda a conocer el bien y el mal objetivos y a diferenciarlos perfectamente.

Para educar la conciencia hay que ofrecer criterios bien definidos fomentando poco a poco la reflexión sobre todos los acontecimientos y decisiones de la vida familiar.

La conciencia moral es el juicio práctico que hacemos sobre la bondad o maldad de un acto y sobre la obligación de actuar de acuerdo con este juicio.

La conciencia no es algo que se pone o quita según el caso, ni tampoco una serie de costumbres impuestas por unos cuantos adultos, o por una cultura determinada.

Los principios de orden moral fluyen de la misma naturaleza humana que busca y conoce la verdad para hacer el bien

No es posible la libertad si no se conoce la verdad.

Es el marco de la libertad, al presentar ese bien como un valor a conseguir por su grandeza y no como una serie de prohibiciones molestas y sin sentido

Los padres son los primeros y principales educadores en el ámbito de la moral. También los abuelos tienen autoridad moral sobre sus nietos y es muy común que después de años los niños recuerden: "mi abuelo decía..." mi abuela hacía" y con su decir y actuar, pueden dar pautas muy claras para vivir con rectitud.

Moral y conciencia

Las personas no deben pensar tanto lo que han de hacer como lo que deben ser; la moral trata de la idea verdadera del hombre.

También ha de tratar del hacer, de las obligaciones, mandamientos y pecados, pero su objeto primordial – en que se basa todo lo demás- es el verdadero ser del hombre, la idea del hombre bueno

Pero hoy la pedagogía moderna huye de este concepto y, por tanto, de la educación moral.

Pretenden estos pedagogos no transmitir ni imponer normas, criterios o valores que vayan a formar la conciencia del niño; dejarlo que por sí mismo, (y desde sí mismo), libre de "coacciones", vaya discerniendo por sí lo que es bueno o malo.

El error está en la misma base: toda educación llega a la formación de la conciencia. No existe pedagogía ni escuela neutra

La conciencia es formal o esencialmente, un juicio del entendimiento, acto propio de la virtud de la prudencia (cuando la conciencia es recta) o del vicio de la imprudencia (cuando no es recta) que está empero intrínsecamente condicionada –como juicio práctico que es- por las disposiciones afectivo-volitivas del apetito.

De ahí la gran dificultad en adquirir y mantener una conciencia clara, si el corazón no está bien predispuesto, si las tres concupiscencias de que habla San Juan no están sometidas a la razón y a la moción del Espíritu.

Como la conciencia es la norma moral inmediata de todo comportamiento humano, su parcial embotamiento o deformación enturbia toda la conducta del hombre.

Cualquier acto o actitud pecaminosa empieza por ser, originariamente, un pecado de conciencia. De ahí el gran equívoco de pensar y decir que lo digno y bueno sea obrar "según la propia conciencia".

Esto sólo vale cuando la conciencia es recta, basada en la verdad, la adecuación con la realidad de las cosas, no cuando es errónea.

La conciencia auténtica es la que está normalizada por la ley de Dios, natural o positiva, no la que pretende ser autónoma o autocreadora.

El hombre de conciencia laxa tiende a subestimar la inmoralidad de algunas acciones y la responsabilidad de sus actos.

Pensemos en un ejemplo del Evangelio: los fariseos por un lado y el buen samaritano que obra "en conciencia" según razón del bien del prójimo (Lucas 10, 25-37)

Y esto vale tanto para la ley antigua como para la ley Nueva; y así, como termina la parábola, "...si haces eso, vivirás"

Magisterio sobre la conciencia

"En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien, y que debe evitar el mal" (Gaudium et Spes nº 16)

"La conciencia es en efecto, el lugar donde el hombre es iluminado por una luz que no deriva de su razón creada y siempre falible, sino por la Sabiduría misma del Verbo con quien todo ha sido creado" (Juan Pablo II, discurso al II Congreso Internacional de Teología Moral, 1988)

: "...el Magisterio de la Iglesia ha sido instituido por Cristo el Señor para iluminar la conciencia" Juan Pablo II, Discurso al II Congr. de Teol. Moral, L'O.R., 22/I/89, p. 9.

"Por tanto, la autoridad de la Iglesia, que se pronuncia sobre las cuestiones morales, no menoscaba de ningún modo la libertad de conciencia de los cristianos; no sólo porque la libertad de la conciencia no es nunca libertad con respecto a la verdad, sino también porque el Magisterio no presenta verdades ajenas a la conciencia cristiana, sino que manifiesta las verdades que ya debería poseer, desarrollándolas a partir del acto originario de la fe." [Veritatis Splendor, nº 64]

No puede haber divergencia entre la Enseñanza de la Iglesia y la conciencia del cristiano. Porque el Magisterio no es una opinión más sino una de las fuentes donde debemos iluminar la conciencia. Un decreto sobre la función del teólogo ha dicho estas palabras que nos deben hacer pensar seriamente: "Oponer al magisterio de la Iglesia un magisterio supremo de la conciencia es admitir el principio del libre examen, incompatible con la economía de la Revelación y de su transmisión en la Iglesia, así como con una concepción correcta de la teología y de la función del teólogo" CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo, 24/V/1990, nº 38.

El divino Salvador ha traído al hombre confuso y débil su verdad y su gracia: la verdad, para indicarle el camino que conduce a su meta; la gracia, para conferirle la fuerza de poder alcanzarla. Recorrer este camino significa, en la práctica, aceptar la voluntad y los mandamientos de Cristo y conformar a ellos su vida.

Los mandamientos de Dios no están para fastidiarnos la vida, sino para mostrarnos el camino para alcanzar nuestra felicidad.

"Dios nos da los mandamientos porque nos quiere educar en la verdadera libertad, porque quiere construir con nosotros un reino de amor, de justicia y de paz. Escucharlos y ponerlos en práctica no significa alienarse, sino encontrar el auténtico camino de la libertad y del amor, porque los mandamientos no limitan la felicidad, sino que indican cómo encontrarla." Benedicto XVI, mensaje para la XXV Jornada de la Juventud 2010.

¿Es posible perder totalmente la conciencia de pecado?

Algunos casos parecen sugerirlo. Más frecuente es tener la conciencia mal formada o adormecida, o sea saturada de estímulos exteriores, con pérdida del silencio interior y así impidiendo la escucha a su llamada.

Se llega a aceptar cosas antinaturales como "normales" y la excusa es "lo hace todo el mundo".

Pero la degradación no puede ser absoluta. La conciencia, como juicio del orden de la virtud moral de la prudencia, tiene una fuente incorruptible que es la llamada *sindéresis* o hábito de los primeros principios morales.

Aquí reside la posibilidad –desencadenada por diversos acontecimientos– de recapacitar, de convertirse y seguir tras las huellas del hijo pródigo.

Conclusión.

No hay que tener miedo o reparo en formar la conciencia de los niños, jóvenes y adultos! El silencio deja en el error a los que podrían ser instruidos, y para colmo de males, "otro" les deformará la conciencia.

Buscar y conocer la verdad para guiarse por ella en el obrar, dejarse aconsejar por quien sabe dar buen consejo, docilidad al Magisterio, reflexionar valorando todos los pros y los contras antes que actuar, son elementos básicos en la formación de la conciencia

“El mayor pecado moderno es que los hombres han comenzado a perder el sentido del pecado. El mayor drama de la sociedad actual es que ha perdido la conciencia de pecado” dijo Pío XII. Sentencia que sigue vigente.

Es necesario que descubramos y enseñemos a nuestros hijos y nietos, la grandeza y esplendor de la fe cristiana, las riquezas de la doctrina, la bendición, la felicidad que en ella se encierra, ofreciéndolas a las almas como digno objeto de la libertad de cristiano y como meta de los impulsos del amor puro que nos ha enseñado Jesucristo.

De este modo, se transforma y se mejora gradualmente la vida personal y familiar, se enriquece el diálogo, se transmite la fe a los hijos (y nietos), se acrecienta el gusto de estar juntos y el hogar se une y consolida más, como una casa construida sobre roca (cf. Mt 7,24-25).